



A large, stylized signature in grey ink, possibly reading "Luis Muñoz Marín", is positioned on the right side of the page. It is enclosed within two parallel orange diagonal lines that run from the top right towards the bottom left.

INES M. DE MUÑOZ MARIN

Oíamos hablar de

Muñoz Marín

y

Dos Crónicas

VISITAS:

**Martes a Sábado 9:00 A.M. - 12:00 M.E.
1:00 P.M. - 3:00 P.M.**
(Incluyendo días feriados)

CITAS PARA GRUPOS
Teléfono: 755-7979



Encarnaban en Don Luis Muñoz Marín las más altas virtudes: compasión humana, desinterés de lucro personal, dedicación a las causas nobles y una innata y profunda honradez. Estas virtudes han sido y deben seguir siendo motivo de inspiración para todos los puertorriqueños.

Al morir, Don Luis deja, a través de sus ejecutorias, ejemplos de lo que son y deben de ser los verdaderos valores para todos los puertorriqueños --independientemente de consideraciones políticas.

La Fundación Luis Muñoz Marín fue creada con el fin de preservar, difundir y fortalecer estos valores, de tal suerte que los puertorriqueños de hoy y del mañana, podamos gozar de una sana y justa convivencia social; como se logró bajo su liderato y su inspiración.

La Fundación Luis Muñoz Marín se propone llevar a cabo esta tarea auspiciando una serie de proyectos y actividades educativas --concebidas y ejecutadas en un contexto no político-- que propendan a destacar el pensamiento de Don Luis Muñoz Marín como lo que fue: ejemplo de virtud ciudadana para todos los puertorriqueños.



INES M. DE MUÑOZ MARIN

Oíamos hablar de

Muñoz Marín

y

Dos Crónicas

OÍAMOS HABLAR DE LUIS MUÑOZ MARIN

Yo tendría doce años cuando por primera vez oí hablar de Luis Muñoz Marín. Una tarde los muchachos en Naguabo dijeron que al hijo de Muñoz Rivera le habían negado la plaza del pueblo para que hiciera un mitin, que los peones de la Central se tuvieron que ir a limpiarle el Matadero y que allí estaban colgando banderas rojas, que los huelguistas de la Fajardo y Pasto Viejo bajaban con jachos y se juntaban en la herrería de Prosper, que la policía velaba, que esperaban a la gente grande de Santiago Iglesias. Ni pensar que pudiéramos nosotros acercarnos al Matadero. Pero Mónica fue. A la mañana siguiente en la cocina nos contó que los unionistas se recogieron temprano en sus casas, que los socialistas se alzaron dándole vivas al hijo de Muñoz Rivera, que para qué fue aquello cuando le cayeron encima a preguntas, que aplaudían las contestaciones dándole vivas, agitando los jachos. El alcalde se metió en la Farmacia de Angel Fernández, con don Pancho Fuentes, con don Juan Nogueiras, con los Herrero, que estaban que trinaban gritando a voz en cuello: “ ¡ Si lo viera su padre, si su padre lo viera ! ”

NOTA

Un artículo y dos crónicas - una éditada, la otra inédita - conforman este folleto. Su autora, “ la extraordinaria compañera ” - palabras de Rómulo Betancourt -, fue, más que testigo excepcional, participe tenaz que compartió “ estrecheces, sacrificios, tareas y esperanzas ” - palabras de don Luis - en la gran Revolución Pacífica.

Oíamos que el hijo del patricio bienamado había salido bohemio. Que por los Estados Unidos se le veía con malas juntas. . . un joven como él que lo podía tener todo, todo lo que quisiera acá en la sociedad, en la prominencia de los negocios, en la política. Decían que se reunía con poetas sin oficio, con políticos sospechosos, con latinos desterrados. Decían que se amanecía con un periodista millonario, un tal Oswald Garrison Villard; con un aristócrata renegado de Boston, un tal Roger Baldwin; con un abogado judío agresivo que era una espada temible en la Corte defendiendo a los obreros atropellados por la reacción entronizada que dominaba al país entonces. Entre las proezas de estos bohemios contaban la de que pretendían elegir a Sandino presidente de Nicaragua, perseguido como estaba y oculto en la selva y que ya tenían seiscientos pesos y contaban con una extendida red de rebeldes comprometidos cuando lo asesinaron. El amigo Roger era un pacifista antipatriota que pararía como paró luego por ello, en la cárcel. Exaltados por ideales ardientes de justicia se burlaban de los panegiristas logrereros del “Cónдор del Sur” y de sus intelectuales aduladores del “Aguila del Norte”. “ ¡ Basta de aves, vengan hombres !”, clamaban. Mientras, llegaban poemas, ensayos, traducciones escritas por Luis Muñoz Marín para el Smart Set de Mencken.

Oíamos que Muñoz Marín se aparecía por la bohemia de la Mallorquina con Nemesio Canales y Lloréns, que caminaban juntos recitando por la ola del mar del Parque Borinquen, que le rodeaban el piano a Clara Lair oyéndole las Polonesas. Allí se encontró con Palés y siguieron para Guayama. De Guayama no hubo quien lo sacará por buen tiempo. Quedó fascinado por un pueblo que tenía imprenta, y periódico, una interminable tertulia abierta en el Café Paris, que disfrutaba en Pepín Capó de un generoso mecenas, con museo propio. Ilustraba al grupo un socialista culto, el Dr. Buitrago y que unos simpáticos rompehuelgas dominicanos importados por la Aguirre amenizaban las reuniones en el Café y en la Plaza. Cómo salir de allí, de aquella Atenas, cómo dejar el buen humor, la imaginería de las inventadas escuelas poéticas, la gracia de las improvisaciones continuas. Con el invento de una revista que publicarían en Nueva York salió Muñoz con Palés para Ponce. En las alcantarillas del camino hicieron un soneto: un verso Palés, otro Muñoz. Llegaron a Ponce a encontrarse con Bolívar Pagán, otro vate. Montaron un dramón imposible en el Teatro La Perla. Palés regresó a Guayama. Estaba perdidamente enamorado.

Oíamos que se desapareció por los Estados Unidos en un Ford viejo que le dejó un amigo. Por el Sur se juntó con los negros recogiendo cosechas y con ellos a lo largo de los ríos aprendió a cantar el " Old Man River " cargando en su voz ancha y profunda con las angustias desgarradoras de la desigualdad. Subía en el Ford a los campos de maíz y de manzanas. Se reunía en las cocinas con los obreros con su gran gusto de conversar. Se detenía en las bibliotecas públicas de las grandes ciudades. Llegó a San Francisco. Su persona dramática, sus grandes bigotes y los gestos dominantes le consiguieron actuar en el teatro. Gozó de la tertulia de los artistas. ; Descubrió la magia apasionante de conmovir con la palabra ! Regresó. Prendió el Ford destartado y lo dejó con las llaves puestas en una calle de Nueva York.

Oíamos que entonces se encontró con los viejos amigos liberales que ahora eran de Roosevelt. Se apareció un día por acá con las manos en los bolsillos sonándole millones para los colonos de caña exprimidos por las centrales y anunciando proyectos del Nuevo Trato. Le hizo una apertura a su Partido por entre la cerrazón de las alianzas y mogollas imperantes. Hasta que mataron a Riggs. Súbito perdió el juego de Washington. Condenó con valor el fusilamiento de los detenidos en el cuartel que le fue ordenado a la policía. Se quedó solo. Fue lo mejor que pudo pasarle. En El Chévere le viraban la cara. Le negaban los cigarri-

llos. Moncho Marín repartía bofetadas defendiéndolo. Lo botaron del Partido. " Quédense con el nombre y las insignias, yo me quedo con el pueblo ", oíamos que decía.

Después hubo un silencio. Ya no se oía hablar del vate, del bohemio delirante. Se le veía pasar entre las sombras de los callejones de los cañaverales; se le veía detenido ante las puertas de golpe de la Guánica enfrentándose a los mayordomos de revólver al cinto, se le veía doblándose y desdoblándose dentro de un Ford viejo recorriendo la Isla con Jesús Piñero, el republicano converso. Inscribían un nuevo partido político. Los jueces coalicionistas le ayudaban. Oímos decir que escuchaba más que hablaba, que no quedó rincón de campo, de monte, ni orilla del mar sin sus pisadas. Se oyó su voz haciendo juramento en la Parada 22 de que se cumplirían las promesas hechas. En Barranquitas prometió echar los mercaderes del nombre del Patriota del templo de su sepulcro. Los echó. Oíamos que aquello fue en el cuarenta una revolución de justicia y libertad como no habrá otra en este siglo.

CRONICA BREVE DE UN VIAJE DE MUÑOZ MARIN

Carta de Luis Muñoz Marín: " Cuba siempre me da una buena sensación. Es como Puerto Rico pero la gente es más alegre. El cubano es un puertorriqueño alegre y el puertorriqueño un cubano triste. Atribuyo esto, más que a razones jurídicas, a la gran sensación de amplitud de territorio y de porvenir en la que viven los cubanos. Yo, cuando estoy en Cuba, me siento como si conociera a todo el mundo, solo que no sé como se llaman; pero nadie me conoce a mí. Es maravilloso. En la Habana me instalé en una mesa del Café Floridita y de allí empecé a invitar gente. Estuve con Alfonso y María Zambrano, con Mañach, con Marinello y con infinitos escritores, con Torres Mazzorana. Visité a Grau, un hombre bueno, más bien seráfico; no me da la impresión de que tenga idea muy clara de lo que hay que hacer en Cuba. Yo le hice unas pocas sugerencias. El único partido con organización y cuerpo de doctrina de verdad es el Socialista Popular (comunista) que dirige Marinello, persona muy seria. Está ahora apoyando a Grau; pero sólo tiene diez por ciento de los votos. 6 de mayo de 1946 ". Esto lo escribía Luis Muñoz Marín desde Washington y pedía que lo fuéramos a buscar por mar a Cuba. El viaje de ida lo hizo en un barco de carga acosado por submarinos, en las noches tenía que encerrarse a fumar en el " blackout ". Volvería por Cuba y gozaríamos de una buena vacación de isla en isla costeano en algún barquito. A ver si le conseguíamos a Lewis, el pesquero de la Compañía Agrícola, decía.

Estas eran las órdenes: Arturo Gigante debería estar en Miami el 20 de mayo a más tardar, sin que nadie se enterara y sin falta. Se llevaría a Ramón Enrique Bauzá, a Turín Barnés, a Félix Alvarez; marineros a cual más intrépido, arriesgados pescadores, exploradores de mar y tierra y de las islas y hasta del Africa lejana. Había que apertrecharse de vinos y cigarrillos y de un equipo de primera ayuda que proporcionaría el doctor Gándara (otro intrépido), con la advertencia de que Gigante no tocara los instrumentos porque se le sabía de lo que era capaz por valiente. Yo me reuniría con ellos cuando me avisara desde algún punto de la costa de Cuba, dócil y obediente les serviría de estabilizadora del navío. El se ocuparía de nuestros papeles y Ramón sacaría los de todos para Cuba, Santo Domingo y Haití. O regresaba así, o no regresaba.

Se fueron y se encontraron en Nuevitas. Zarparon y a poco de navegar les cogió tan mal tiempo que para fumar había que agarrarse del palo mayor y ta-

par el cigarrillo dentro del capote. Dando tumbos fueron acercándose a Camagüey. Arribaron felices, gozando de la vida de los puertos, con la sabrosa comida marinera, en animadas conversaciones, con el cuento que acaba y cuento que empieza de los pescadores. Así los encontré en Santiago, alelados. ¡ Ahora sí que esto va de largo !, se decían al verme. Y así fue. Ni hablar de regreso.

Llevaba yo mandamientos de Ramos de volver pronto, " que si lo mucho que faltaba por hacer, que si el patronazgo, que si se aflojaban las cosas, que si había que alinearse, que regresara, que regresara. . . " Los navegantes me oían como quien oye llover. Cuando me diera cuenta de lo feliz que Muñoz estaba en Cuba, ya veríamos. Curtidos del sol, embrujados por los puertos, deslumbrados por la magia de los horizontes, con los oídos llenos del habla de los pescadores tan sana y limpia, tan justa y poética, cómo dejar el golpe del marullo sobre el muelle. . . cómo romper el encantamiento de aquel conversar interminable de hablar y hablar de las cosas de verdad de Cuba y de Puerto Rico.

Por las noches se reunían en la terraza del hotel con los hacendados que le decían a Luis Muñoz: "Quédate en Cuba. Tú te nos pareces a uno que sale en Bohemia quédate y vete a ver a Grau. . . " Por las tardes se caminaban los campos por tierras feraces que no había que abonar y se oía a los guajiros cantar. Tras los silencios de fina atención les recordaban a Luis Muñoz sus héroes de las tres guerras, más que ninguno era su héroe Máximo Gómez porque hasta casi viejo, toda una vida, se la pasó peleando por la libertad. Hablaban como bravos. Eran gentes que no se dejarían esclavizar nunca, de orgullo callado, imponente. Caminábamos con ellos hasta el anochecer contemplando los llanos tendidos, las vegas que tocaban el horizonte, los suelos sueltos, hondas entrañas abiertas. " Puerto Rico ", les decía Muñoz, " cabe en la provincia de Matanzas . . . y sobra Cuba ". Cuánta isla. Qué gente ésta que se dejó matar en tres guerras por puro amor, amor más poderoso que la muerte. Ya en el hotel los hacendados ricos, amables, de punto en blanco, le decían a Félix: " ¿ Por qué tú andas con éste ? A tus negocios no le conviene lo que él va a hacer con su justicia social, si se quedara a mí tampoco me convendría. Pero, aquí donde me ves, con todo lo que tengo, soy capaz de seguirlo como tú, ojalá se quedara en Cuba, más que seguirlo soy hasta capaz de quererlo, como tú. Me gusta como le suena la verdad en la voz ".

Pasaban los días. Por las mañanas despertaba la calle con altoparlantes que tocaban " Stormy Wea-

ther. " Salíamos por plazas, balcones, esquinas y montábamos en un trole de cordón y campana. Parábamos en un viejo cine a ver " Arsenic and Old Lace. " " Que bueno es andar perdido por el mundo ", decía, " yo que hace años vivo con un policía detrás de mí, con lo que me gusta la libertad de estar suelto así. En Santiago me siento más libre que en Barranquitas ". Ramos seguía llamando y se le repetía la invitación para que viniera y viera qué tierra, que si fuera así la nuestra de grande, y qué gente que la amaba hasta matarse por ella en tres guerras. A mí me dolía acabar con la magia de aquel encantamiento. Me acordaba que rompió el arcoiris. Cogí fuerzas y me atreví a proponer el regreso por Haití, un vuelo corto a la isla tan imaginada y recitada con Luis Palés. Nos quedaríamos un rato, otra vacación para ir llegando. Se deshizo la intimidad de los intrépidos.

Bajarse de un avión era para Muñoz uno de los más gratos placeres de la vida. Pisamos tierra de Haití, recorrimos los monumentos de los patriotas y nos metimos en la plaza del mercado. Aquello era una explosión de color, un tropel de criaturas pregonando en un habla como de llanto la más grande pobreza del mundo. Sin alegría ya, subimos anocheciendo por entre las sombras de los montes pelados hacia un hotelito en las cumbres, de una alemana refugiada que bregaba con la miseria. . . el jardinero ganaba por jornal el privilegio de recoger las colillas de cigarrillo de los huéspedes. . . " madam, su sartén es un stradivarius ", le dijo Muñoz al probar lo que hacían sus manos con lo poco que por allí había.

En Cuba era natural ser felices. En Haití ser felices era una ofensa. Por el día mirábamos bajar a las mujeres sobre el filo de los montes. Vestían blancas túnicas hechas de sacos de arroz. Hermosas, con grandes cestas de frutos sobre la cabeza - bajaban al mercado ágiles, moviéndose con algún secreto ritmo que les haría leve el peso de sus duras vidas - no tocaban la carga, balanceando los brazos con gracia.

Por la noche la cosa era distinta. Dentro de la oscuridad rompía el monte a cantar con el llanto del baquiné; toda la noche no cesaba el llanto desgarrador de las madres de los niños muertos.

Qué hacíamos nosotros allí dichosos con el amor de Cuba, tristes con el dolor de Haití. Regresamos a lo nuestro.

Eran los años cuarenta. . .

CRONICAS DE COSTA RICA UNA HERMOSA AMISTAD

La amistad es un sentimiento personal de sincero cariño y adhesión. No solamente se desarrolla este sentimiento entre las personas sino que se extiende entre los pueblos. El sentimiento de la amistad entre las gentes y entre los pueblos es una fuerza creadora que tiene el poder de unir y de acercar a los países que logran establecer los lazos de entendimiento y sincera comprensión.

De la amistad dijo Aristóteles que es indispensable para la felicidad humana no sólo la amistad personal sino la amistad política entre los gobiernos de los pueblos. Sigue diciendo Aristóteles: " La amistad es una virtud e implica virtud en el que la siente. Sin amigos no valdría la pena vivir la vida. Es la amistad de las gentes entre sí lo que mantiene la unidad de los pueblos con lazos de benevolencia y generosidad. Cuando los hombres son amigos no necesitan que se les haga justicia, porque la amistad es la justicia más hermosa. "

Entre los costarricenses y los puertorriqueños ha crecido una gran amistad en los últimos años. Empezó esta amistad con la visita de don José Figueres, líder demócrata de Costa Rica, que derrotó una revolución armada de comunistas allí, - Costa Rica no tiene ejército - a la inauguración del Gobernador Muñoz Marín en el año 1948. Desde entonces se ha seguido estrechando los lazos de esta amistad con la visita de estudiantes que vienen a ver nuestras escuelas, para estudiar acueductos, al programa industrial, a los servicios de luz, a los de la educación de la comunidad. También los puertorriqueños han ido a Costa Rica a estudiar la agricultura y el cultivo del café. Como resultado de estas visitas, se han empezado a conocer los dos países, y a quererse. En Costa Rica se conocen a los jíbaros de Puerto Rico y saben que tienen las mismas caras de los " ticos " (apodo cariñoso y corriente de los costarricenses). En Costa Rica saben como hablamos, como cantamos, como vivimos los puertorriqueños.

Para continuar esta amistad y extenderla a otros países americanos, se hizo el viaje con una delegación de representantes del pueblo de Puerto Rico, ostentada por el Secretario de Educación Mariano Villaronga, el Director de la Junta de Planes Dr. Rafael Picó, el Director de Fomento Industrial Teodoro Moscoso, el Secretario de Salud Dr. Juan A. Pons, el Sub-Secretario de Estado Arturo Morales Carrión, el Dr. Pepín Noya y otros ciudadanos puertorriqueños que

acompañaban al Gobernador. Esta visita era para pagarle la visita que don Pepe Figueres había hecho al pueblo de Puerto Rico en dos ocasiones anteriores, con motivo de los grandes acontecimientos del Gobernador Electivo y de la inauguración del Estado Libre Asociado. Como los amigos, Puerto Rico estaba pagando en estos días, una visita.

LO QUE DIJO MUÑOZ MARIN, SOBRE COSTA RICA

En una reunión de prensa en San José, ante periodistas de toda América, el Gobernador Muñoz Marín dijo lo siguiente:

" Costa Rica es el arquetipo de un pueblo pequeño de organización democrática perfecta, en el trópico español. Costa Rica es lo que yo he soñado y deseado que sea Puerto Rico - verdadero modelo de país. Puerto Rico ha luchado y lucha actualmente por acercarse a este ideal. Es extraordinario el esfuerzo que hemos desplegado y que mantendremos para alcanzar estas metas de superación propia dentro de nuestros complejos y singulares problemas de pequeñez, falta de recursos naturales, y sobrepoblación.

" En Costa Rica hay lo que yo busco: una civilización con contenido humano a base de justicia social y económica de la más pura igualdad y de una sencilla y genuina cultura. Todo lo que yo he soñado para mi pueblo, lo encuentro aquí. Costa Rica es un pueblo que brega por poner sus medios materiales a la altura de su gran civilización espiritual.

" Don Pepe Figueres es un gran Maestro de su pueblo. Tiene un gran discipulado ejemplar, digno de maestros como él. Esta Suiza americana (Costa Rica) tiene cimentada su felicidad, seguro su destino primoroso de progreso, en su inmensa legión de maestros y en su juventud estudiosa que progresa continuamente en la avanzada educativa. "

Caminando por uno de los países hermanos, por entre sus montañas frescas, gozando de un clima como el del Yunque, Luis Muñoz Marín se regocijaba admirando los volcanes, la tierra montañosa cubierta de bosques y gozando del aire fresco mientras hablaba con el Jefe de Protocolo que le acompañaba:

" - ¡ Qué deliciosa temperatura, qué bien se siente uno con este fresco ! ¡ Qué bien se deben sentir las gentes de un país que tiene este fresco !

- Don Luis, le dijo su amigo, me recuerda usted ahora con esas palabras una anécdota de don Ja-

cinto Benavente cuando nos visitaba. Al escritor español parece que no le gustaba mucho el gobierno que teníamos entonces, e hizo este comentario sobre este clima que a usted le entusiasma: este sería un gran país si lo gobernara el clima. ”

Cuando Luis Muñoz Marín tuvo que desfilar vestido de perfecta etiqueta hacia el estrado presidencial donde se inauguraba en la mañana del domingo 8 de noviembre a su amigo domócrata José Figueres como Presidente de la República de Costa Rica, se vió muy apurado para conseguir chistera. El Gobernador en Puerto Rico no usa sombrero y es olvidado de esta prenda de vestir, porque no la usa nunca. La chistera era imprescindible para el traje de etiqueta, y allí estaba Muñoz Marín en Costa Rica, el sábado por la tarde víspera de la inauguración de Figueres, y sin chistera. Los amigos pensaron en ordenar por cable una chistera a La Habana, Cuba, donde hay las tiendas mejor surtidas de efectos de etiqueta por el Caribe, pero era demasiado tarde, el tiempo no daba. En San José de Costa Rica no se usan a menudo las chisteras y ninguna tienda las tenía y las personas que tenían chisteras las necesitaban para sus propias cabezas, en la ceremonia.

“ - Don Luis, yo sé donde está su chistera ”, le dijo Alvaro Rossi.

“ - ¿ Dónde, muchacho ? ”, le preguntó Muñoz.

“ - En el Museo, Don Luis, la chistera de nuestro gran presidente León Cortés, con la que él se inauguró. Ya mismo se la traigo ”.

Salió Alvaro Rossi y volvió al rato con la venerable chistera, sus cintas un poquito apollilladas. Le quedaba chiquita a Muñoz, pero él se alegró mucho.

“ Es un gran honor usar en esta ocasión tan significativa para los pueblos de América, la chistera de un gran Presidente como León Cortés. La llevaré en la mano. ”

A la mañana siguiente, como a eso de las doce del día, hacía su entrada sobre la alfombra roja que llevaba al estrado presidencial donde habría de ocurrir el traspaso del poder, la delegación puertorriqueña, invitada de honor del Presidente Figueres. Los heraldos anunciaron con estas palabras a la delegación: “La delegación del Estado Libre Asociado de Puerto Rico, un país al servicio de la democracia en su tierra.” Al terminar estas palabras los heraldos, prorrumpió el público en los estadios en un aplauso cerrado que no cesó hasta que el Gobernador de Puerto Rico y sus acompañantes se sentaron en el estrado presiden-

cial. El Gobernador contestaba los aplausos saludando con la chistera en mano. Cada vez que movía la chistera, era más cerrado el aplauso. Entonces le pregunta don Luis al Secretario Villaronga: “¿ Será a mi que me aplauden o será a la chistera de León Cortés ?”

Luis Muñoz Marín llegó a Costa Rica el sábado, 7 de noviembre, por la tarde. Esa misma tarde, su amigo don José Figueres, lo invitó a una reunión de obreros en las afueras de la ciudad de San José. Eran unos hombres tan parecidos a los campesinos puertorriqueños que Muñoz Marín se sentía conmovido por la igualdad.

Dirigiéndose a un trabajador, José Figueres le dice:

- “ - ¿ Qué es Costa Rica ?
- Mi patria.
- Costa Rica eres tú, contesta Figueres.
- ¿ Qué edad tienes ?
- Cincuenta años, contestó el trabajador.
- ¿ Desde cuándo trabajas ? pregunta Figueres.
- Desde que tenía siete años, señor, jornalando. ”

La misma angustia del hombre, pensaba Muñoz Marín. No tuvo infancia; que no pudo ir a la escuela; empezó a jornalear de peón a los siete años. . . la misma angustia del hombre, la misma angustia en los montes de Puerto Rico, las mismas caras de hombres buenos y sabios en los montes de Costa Rica y, ¿ en cuántos valles en los montes del mundo !

Habló Luis Muñoz como Figueres, en el lenguaje nuevo que les hablan los líderes a su pueblo: sin odios, de la justicia y de la suficiencia, del trabajo y de la producción. De los derechos: “ Costa Rica se parece a Puerto Rico hasta en el nombre. A estas dos tierras le llaman ricas sin serlo. No son ricas en riqueza material, ninguna de las dos; pero lo son en lo espiritual; en esto las dos tierras sí que son ricas: en su gente. Se parecen en la forma que tiene la tierra bajando en colinas por las vertientes desde los montes altos hasta el mar. La de Puerto Rico es también una tierra quebrada en cerros con casitas en los topos. Se parecen en la luz, en los celajes, en los colores, en la naturaleza. Se parecen en la gente: ustedes son las mismas caras de mi gente puertorriqueña, tienen la misma bondad cordial. Las mismas sonrisas amables, las mismas miradas acogedoras, los mismos gestos hospitalarios. Y se parecen, más que todo, estos dos pueblos con sus bautismos de costa y puerto, ricos, en la riqueza democrática de su manera de votar, de saber votar. Los puertorriqueños y los costarri-

censes saben cuál es el poder del voto para mejorar sus vidas con un buen programa de gobierno. Ambos pueblos tienen la admiración por las costumbres de honestidad y de limpieza en los gobiernos, y se las exigen a sus gobernantes. ”

Esta fue la primera reunión a la que asistió Luis Muñoz Marín en Costa Rica, en su reciente viaje y allí se reafirmó en su convicción de que todos los pueblos son igualmente buenos y nobles en las masas de su gente sencilla.

Sí, deseo unirme a la obra que se realiza como Amigo de la Fundación Luis Muñoz Marín

Envío mi primera contribución anual:

() Socio Regular \$ 12.00 () Socio Sostenedor \$ 25.00
() Socio Auspiciador ... \$ 50.00 () Socio Patrocinador \$ 100.00 o más

Nombre

Dirección

.....

JUNTA DE DIRECTORES

Salvador E. Casellas
Presidente

Ricardo Alegría

Heriberto Alonso

Jaime Benítez

Reece Bothwell

Hiram Cancio

Roberto de Jesús Toro

Pedro Galarza

José Ramón González

Víctor Gutiérrez Fulladosa

José Luis Mendoza

Teodoro Moscoso

Rafael Muñoz Arjona

Fernando Picó

Rubén Rodríguez Antongiorgi

José A. Trías Monge

Efraín Vassallo

COMITE ASESOR

Gustavo Agrait

Jorge Bird

Antonio J. Colorado

Thomas Hughes

Marta Casals de Istomin

Julián Marías

Rafael Picó

DIRECTOR EJECUTIVO

Luis E. Agrait

FUNDACION LUIS MUÑOZ MARIN, INC.

Apartado 2367

Correo General, San Juan, Puerto Rico 00936

Tels.: 755 - 7979 / 761 - 7442 / 755 4506

Fax: 755 - 0240